

# EL CONTEMPORANEO.

Madrid.—Miércoles 9 de Julio de 1862.

PROVINCIAS.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por viable directamente en la letra, libranza o sellos de suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó dando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Estranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Num. 466.

### ADVERTENCIA.

El viernes a las doce de la mañana se verificará en la sala de discórdias la vista de la denuncia de EL CONTEMPORANEO correspondiente al día 25 de junio último.

Defenderá el artículo denunciado nuestro director, D. José Luis Albareda.

### MADRID.

#### 9 DE JULIO.

La *Epoca* se encarga de explicarnos el cómo, el cuándo y el por qué de la dimisión de nuestro embajador en París.

Pero *La Epoca* es tan desgraciada, que sus explicaciones producen el mismo resultado que las del ministerialismo del Sr. Coello después de la cuestión de Méjico.

El Sr. Mon no está de acuerdo con el gabinete, y sin embargo, es ministerial.

El Sr. Mon cree sin duda que D. Saturnino es un pobre hombre, y a pesar de eso, desea que continúe dirigiendo los negocios del Estado.

Nosotros, dice *La Epoca*, que hemos hecho lo mismo que el Sr. Mon, comprendemos su conducta.

Claro está, y nosotros también la comprenderíamos, si el Sr. Mon conservara su embajada, como el Sr. Coello conserva la suya.

Peró hay una diferencia, y es, que a este no le admitieron la dimisión de su cargo, y a aquel se la han admitido.

Lo que no comprenderá nadie, es que se pueda ser ministerial y antiministerial al mismo tiempo.

*La Epoca* lo explica perfectamente, diciendo que después de apoyar a una situación cuatro años, no es cosa de ir a separarse de ella.

De modo que aunque el gobierno haga todos los disparates posibles en perjuicio de los intereses de la patria, los hombres que le apoyan deben seguir apoyándole por la poderosa razón de los cuatro años.

Bien dice el refrán que en la edad está el misterio, y el gabinete puede contar de seguro, aunque hiciera el mayor de los desatinos, con el apoyo de *La Epoca* y del Sr. Coello, porque no en balde se cobra el sueldo cuatro años, y la gratitud fué siempre patrimonio de los vicaristas.

Por lo demás, aunque nuestro colega viene echándole como de muy enteredo, lo cierto es que tuvo sus dudas sobre si se le admitiría ó no se le admitiría la dimisión al Sr. Mon, y hasta a este mismo estamos por creer que le cojió de sorpresa el éxito de sus gestiones.

Por supuesto que las entrevistas verificadas entre el embajador dimisionario y los señores duques de Tetuan y Calderón, fueron todo lo cordiales que pueden ser las conferencias entre personas que piensan de distinto modo en un asunto.

*La Epoca* añade que el Sr. Mon repite a quien lo quiere oír, que está resuelto a apoyar al gabinete, en lo cual obrará como buen vicarista, y aun

es fácil que le dé también su voto de confianza por su conducta en Méjico, que todo puede suceder, tratándose de S. E.

La verdad del caso es que el Sr. Mon no se ha atrevido a volver a París, por no sufrir la espantosa silba que iban a darle sus amigos los franceses, y que ahora se queda a la capa, esperando mejores vientos.

Hay quien dice que si el archiduque Maximiliano se sienta en el trono de Méjico, irá allá como representante de España el Sr. Mon, para arreglar nuestras cuestiones pendientes.

Peró lo malo es que los servicios del Sr. Mon al archiduque fueron solo a medias, y e to no debe hallarse muy contento del papel que su protector ha desempeñado en las Cortes españolas al tratarse la cuestión mejicana.

En fin, el Sr. Mon se va a Asturias; los ministros se van cada uno por su lado a tomar el fresco, y asunto concluido.

Entre tanto, el infante D. Juan dicen que se viene, y el país contempla con la boca abierta el laberinto en que nos va metiendo la actual situación, que si dura otros cuatro años, ascenderá a España a potencia de primer orden cuando menos se figure.

*La Epoca* la emprende de firme con *La Correspondencia* por lo que ha dicho de los 30.000 soldados y los 100 cañones, y quiere disculpar al gobierno de los alardes de fuerza bruta que ha hecho el periódico ministerial.

Peró como estamos acostumbrados a ver las competentes autorizaciones del órgano vicarista, se nos figura que el ataque de *La Epoca* debía ir dirigido al gabinete.

Puede ser que *La Epoca* quiera apoyar al gabinete y combatir a *La Correspondencia* en este asunto, como combate al general Prim y apoya al gabinete en la cuestión mejicana.

atreven, los partidarios del gobierno a desafiar y provocar a sus enemigos, diciéndoles que salgan, si se atreven, a la plaza pública en actitud hostil y ademan guerrero, lividando que, la principal misión de los que gobiernan es apaciguar los rencores de los descontentos, y guiar por los blancos caminos de la persuasión y del amor a los ciudadanos, obrando en las cosas públicas con justicia, y no lastimando las legítimas aspiraciones de los gobernados.

Por último, nuestros lectores habrán visto, no sin escándalo, que para aumentar el miedo, no sabemos de quién, y dar color a no sabemos qué cosas, el órgano del gabinete que mas fama ha llegado a adquirir por su indiscreción y por su ridículo celo, nos ha dado estos días minuciosa cuenta del número de soldados de a pie y de ginetes que se hallan reunidos en la corte y sus cercanías, diciéndonos además el de cañones que hay prevenidos para el caso de cualquier trastorno, atribuyendo que no los haya habido a la energía y pericia de tal ó cuilgeneral que se ha marchado, así como en adelante dejará de haberlos, merced a las cualidades de este otro que interinamente le sustituye.

Los que estén lejos de España creerán, sin duda, al leer estas cosas, que hemos vivido y seguimos vivie do sobre un volcan; que, con razón ó sin ella, está tan levantado el ánimo de los habitantes de la corte, que solo merced a la existencia y gran número de tropas, y a duras penas, puede conservarse el orden; nosotros, por el contrario, creiamos que, desde hace mucho tiempo, la fuerza armada no había tenido que ocuparse en esta corte mas que en adquirir la instrucción y las condiciones necesarias para estar dispuesta a todo evento, y que las autoridades civiles habían bastado para conservar la paz y administrar normal y sosegadamente los negocios públicos; peró supuesto que dicen lo contrario los amigos de la situación, será verdad que a los jefes de ejército cabe la gloria de haber hecho cuanto debiera hacerse por las autoridades de otras gerarquías; segun su opinion, vivimos a la manera que suele vivirse en los pueblos dominados por un conquistador, en los cuales, como no hay mas causa de sosiego que el temor, ni mas ley que la fuerza, toda la carga de la gobernación tiene que pesar sobre los hombros de los que dirigen y mandan el ejército.

Por estas consideraciones, y valiéndose de tales medios, el celo inteligente de los defensores de la situación hace a esta el mayor y mas grave daño que pudiera imaginarse, porque dan divorciado de la opinion pública, que (en lugar de ser producto de la voluntad de los pueblos, como debe suceder en todos tiempos y mayormente en los países que están regidos constitucionalmente, y en los que por lo tanto, la nacion toma parte en la gestion de los negocios que a ella mas que a nadie interesan), solo libra su fuerza y su prestigio en la fuerza, que es el único medio que tiene para sostenerse.

Dejamos a la consideración de nuestros lectores la gravedad de estas cosas, y el cuidado de explicárselas a los amigos de la situación; a nosotros nos cumple solo decir que, siendo partidarios de las formas políticas vigentes, y creyendo que de su recta aplicación depende la felicidad del pueblo y su futura grandeza, vemos con profundísimo dolor que aquellos que en primer término debieran observarlas y acatarlas, no tengan fé en ellas, y queriendo resucitar épocas anteriores, no funden todo su poder en las leyes, sino que quieran

hacerlo consistir en la fuerza. No nos apartaremos nunca por lo que toca a nosotros de lo que las leyes disponen, ni echaremos mano de otros recursos mas que los que en ellas se nos conceden para defender nuestras ideas y para llegar por este camino lento, pero seguro y libre de peligros para la nacion, al fin que nos hemos propuesto.

Afanense otros en buena hora para hacer olvidar pasadas fechorías, y muéstranse con este objeto prontos a pelear en defensa de lo mismo que con sus asonadas y motines habían puesto antes en peligro; busquen cuantos prestos y fútiles razones quieran para explicar actos que nunca merecerán de parte de los buenos mas que la reprobación, nosotros no hemos de seguir sus huellas, ni hemos de dejar el camino que llevamos. Usando el derecho que nos dan las leyes, defendérenos con constancia nuestras ideas, y no podrán imponernos silencio mas que por medio de la fuerza; procuremos que la verdad llegue a todos los confines de la Península, y que sea conocida por todos, y como la verdad es el mayor enemigo de los actuales gobernantes, al cabo y al fin no habrá nadie que no sea de los hombres que tan desastrosamente dirigen los negocios públicos. Cuando tal suceda, para lo que falta poquísimos tiempo, los actuales gobernantes caerán de sus puestos sin sacudidas ni violencias.

Siendo, como son estas nuestras convicciones de siempre, es claro que no solo no trataremos nunca de socavar por caminos vedados el alcázar del poder; no solo no nos valdremos nunca de la sedición ni de las asonadas para conseguir fin alguno, sino que reprobamos explícitamente medios tan peligrosos y contrarios a la justicia. En vano los que tienen sobre si la mancha de rebeldes, que es la mas negra que puede caer sobre hombres públicos, se empeñarán en echarla sobre nosotros; lo mismo ahora que el día en que las desordenadas muchedumbres se desencadenen (si por desgracia tal sucede), y se muestren victoriosas, nosotros defenderemos el orden y demostraremos que solo con él pueden alcanzarse los altos fines del hombre y de la sociedad; porque no hemos de seguir el deplorable ejemplo de los que ahora se muestran tan celosos de esta condicion social, habiendo antes exacerbado las pasiones del pueblo, animándole en su obra de destrucción, y quien sabe si guiando las turbas para convertir las en instrumento de sus venganzas.

pel pöco alröso que; segun se dice; hizo un buque de guerra español, el cual presenció el apresamiento, amenazó el buque apresador con hacerle fuego si no soltaba la presa, y en efecto, no cumplió la amenaza, dejando que a su vista se perpetrara impunemente aquel atentado.

Este hecho, afirmado por periódicos estranjeros, es el que desabamos nosotros que fuese desmentido, como lo deseaba igualmente el señor ministro de Marina.

Mostrar este deseno no es anti-patriótico, ni indica falta de aprension, como supone el periódico ministerial, juzgando por su corazón el ageno, y atribuyendo a los estrajños las calidades que le son naturales y propias.

Es tan singular cuanto se refiere al grupo de hombres políticos (si así pueden llamarse), que se conocen con el nombre de resellados, que hasta sus alegrías tienen carácter propio. Andan ahora tan aborrazados y contentos con la caída del Sr. Mon, que no les falta mas que salir por esas calles con gorro de cascabeles. Pero para que todo sea extraño en estas gentes, se dice que han levantado por su capitán al perinolino señor D. Saturnino Calderón Collantes, primer secretario del despacho, en pago, sin duda, del panegirico del general Zavala, que pronunció desinteresadamente el recto D. Fernando.

¿Qué tal, eh?

Los noticieros se ocupan ahora, como es natural, en resolver el conflicto que ha producido en las filas ministeriales la renuncia del Sr. Mon: unos dicen que el ex-embajador en París pasará a la presidencia del Consejo, yendo a otros opinan que el presidente del Congreso y sus amigos están en completa desgracia, y que las cosas se arreglarán e iviando a París al general Serrano, y dando la capitania general de Cuba al conde de Reus; no sabemos dónde pondrán al general Dulce. Todas estas cosas las acogemos en nuestras columnas solo para que nuestros lectores sepan lo que por ahí se dice.

Ayer, segun anunciamos, tuvo lugar en la audiencia de esta corte la vista de una denuncia de las que tienen pendientes nuestro apreciable colega *La Iberia*. Defendió el número acusado el señor D. Laureano Figuerola, y sentimos no poder dar cuenta a nuestros lectores de su notabilísimo discurso, por no consentir estas resañas la ley vigente. Mas no dejaremos de decir que el ilustrado profesor y consecuente diputado, estuvo a la altura de su bien sentada reputación. A pesar de sus esfuerzos, nuestro colega progresista fué condenado por el tribunal, aunque solo en el *minimüm* de la pena pedida por el Sr. Alvarez. Sentimos de todas veras este percance de nuestro maltraido colega, y lo sentimos tanto mas, cuanto que podemos decir con la desgraciada reina de Cartago:

¡Sed non ignara malis miseris succurrere disco!

Segun noticias que dan los diarios ministeriales, los gastos extraordinarios de la expedición a Méjico no escuden mucho de millon y medio de duros.

Bien vale este dinero la gloria que hemos ganado en la empresa.

Anoche se aseguraba con insistencia que el Sr. Posada había tenido un serio altercado con el general O'Donnell, llegando algunos a decir que había hecho dimision.

## FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

### LOS DRAMAS DE PARIS

#### EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

##### SEGUNDA SERIE.—TERCERA PARTE.

#### EL TESTAMENTO DE GRANO DE SAL.

—La muerte, dijo, no se cuida de la fortuna de sus clientes.

Luego añadió:

—Pero no soy casado?

—Sí; casado con una mujer que no sé dónde se halla, y de la que no he oído hablar hace quince días.

—Y una hija?

—El conde se estremeció.

—Es cierto, dijo; tengo una hija, una niña encantadora, que se halla en la casa de su abuela.

—Querria verla.

—¿Puede escribir?

—Creo que lo logrará.

Sir John hizo una seña a Andrewsch.

M. de Estournelle, consiguió sentarse en la cama.

—¿Qué queréis que escriba?

—Dos palabras a la persona en cuyo poder se halla vuestra hija, para que la conduzcan a esta casa.

—¿Y cómo se llama?

—El conde escribió:

—Yo me encargó de que lleven esta carta a su destino, dijo Sir John.

—¿Cómo dijo el herido con terror; vais a abandonaros, doctor?

—¿Preferís que envíe al señor?

Y señaló a Andrewsch.

—Sí, si, dijo el conde.

Sir John y Andrewsch se miraron.

—Tomad el carruaje que está abajo, dijo Sir John al joven.

Andrewsch salió del aposento.

—¡Ah! olvidaba... dijo Sir John.

—¿El qué preguntó el conde sorprendido y mirando a Sir John?

—Un encargo que tengo que hacerle. Vuelvo.

Y corrió en pos de Andrewsch.

—Amigo mío, le dijo; pronto, quitaos ese color de aceituna y esos cabellos negros.

—Peró....

Vais a ver a vuestra abuela, y es preciso que encuentre en vuestro semblante las facciones de su hijo.

Es forzoso que aprovechemos esa ocasion única.

Sir John condujo al joven al gabinete de vestir donde una hora antes se había metamorfoseado en brasileño.

—Tomad, le dijo vertiendo algunas gotas de un vinagre particular en una jofaina de agua; esto os devolverá vuestra blancura.

En efecto, a la tercera ablucion, recuperó Andrewsch su color.

—Marchad, le dijo Sir John.

—¿Peró querán recibirme? preguntó el joven, presa de una emocion verdadera.

—Sí, como pronunciéis en alta voz el nombre del conde.

Andrewsch salió al carruaje y partió.

El corazón le latía violentamente.

Tres cuartos de hora despues llegaba a la calle de Saint-Dominique.

El suizo miró a Andrewsch con la mas escrupulosa atencion.

—La señora baronesa no recibe nunca a nadie.

Andrewsch insistió.

—¡Yamos! ¡venid! dijo el suizo; voy a conducirlos.

Andrewsch le siguió.

Al atravesar aquel vasto y solitario patio, al subir por aquella escalera de anchos peldaños y de pasamanos de hierro; al recorrer aquellos espaciosos y tristes salones, sintióse el joven asaltado por un mundo de pensamientos.

Allí era donde había nacido su padre, allí donde pasó su juventud, allí donde él mismo había vivido, sin las infernales maquinaciones del conde.

La baronesa estaba sentada al lado de la chimenea, y tenía a Blanca sentada sobre las rodillas.

Al oír el ruido que hizo la puerta al abrirse, volvió la cabeza vivamente.

—¿Qué es eso? dijo.

—Señora, contestó el suizo; es un joven que trae una carta del señor conde de Estournelle.

Andrewsch permaneció inmóvil detrás del suizo. Su corazón latía violentamente, y de sus sienes brotaban algunas gotas de sudor.

—¿Dónde está ese joven? preguntó la baronesa.

Levantóse a medias, y alargó la cabeza en direccion de la puerta.

Andrewsch adelantó con paso vacilante.

Llevaba la carta en la mano.

El aposento estaba mal iluminado y el rostro de Andrewsch permaneció en la sombra.

—Venid de parte de mi sobrino el conde de Estournelle? le preguntó la baronesa.

—Sí, señora.

Al sonido de esta voz se estremeció la anciana.

—¿Y me traeis una carta?

—Sí, señora.

La baronesa fijó en él una mirada investigadora.

De pronto la baronesa dió un grito, y aproximándose al joven, le preguntó:

—¿Quién sois?

Estaba conmovida, vacilante, y miraba a Andrewsch con ardiente curiosidad.

—Decid, ¿quién sois? repitió.

Y como Andrewsch balbuceaba y apenas podía tenerse en pie, estendió ella el brazo hacia un retrato colgado de la pared.

Aquel retrato era el de un alumno de la escuela politecnica.

Andrewsch dió un grito: creia ver su propio retrato.

Cayó de rodillas, cruzó las manos y miró a la baronesa con aire suplicante.

—¡Ah! ¡esclamó ella de pronto; ¡Todo lo comprendo ahora!... Me han engañado... ¡Tú eres el hijo de mi hijo!...

Y le estrechó entre sus brazos.

—¡Madre mia! murmuró Andrewsch aniquilado por la emocion.

Y cubrió de lágrimas y de besos las manos de su abuela.

El suizo, inmóvil en el dintel de la puerta, murmuraba:

—¡Dios mio! ¡es verdad!... ¡Es el retrato del difunto señor baron!

### LXIII.

Las mas infernales maquinaciones del hombre de las gafas azules no habrían dado mejor resultado que este encuentro inspirado de la abuela y del nieto.

Por lo demás, toda la gloria recaía en el conde de Estournelle, que no habiendo podido prever esta circunstancia, se había apresurado a abrir a Andrewsch las puertas de la casa de la baronesa.

Luego, la semejanza entre Andrewsch y su padre era verdaderamente prodigiosa.

Aparte del uniforme de la escuela politecnica, habíase jurado que aquel retrato era el de Andrewsch.

Los mismos cabellos, idéntico bigote, la propia actitud, la misma sonrisa.

Andrewsch tenía hasta la voz de su padre, pues la baronesa se había estremecido al oírlo, antes de mirar al joven.

La pobre vieja sintió una emocion terrible, violenta, que habría podido matarla.

Andrewsch cubria sus manos de besos y de lágrimas, y permanecía arrodillado.

Ella le hizo levantarse.

—Ven, hijo mio, le dijo; ven sobre mi corazón: tú eres mi hijo querido. ¡La voz de la sangre no puede mentir!

Al levantarse Andrewsch, volvióse la baronesa, con el rostro bañado en llanto, y vió al suizo.

Aquel antiguo criado, inmóvil sobre el dintel, retenia el aliento y no osaba alejarse.

De repente acordóse la baronesa de que había arrojado como a un impostor a Baptistin, su ayuda de cámara; al viejo Baptistin, que sostenia que el baron Renato, muerto en Rusia bajo el nombre del coronel Yermoloff, había dejado un hijo; Baptistin, acusado por el conde de Estournelle de haber urdido una infame maquinacion, de acuerdo con Andrés Petrovitch, el cosaco, para apoderarse de la fortuna de la baronesa.

El suizo tembló bajo la mirada de la baronesa; pero esta le dijo vivamente:

—¿Sabes dónde está Baptistin?

—Sí, señora; dijo el suizo estremeciéndose de alegría.

—¿Dónde se halla?

—Ha alquilado una habitacion a dos pasos de aquí, calle de Taraan.

—Vé a buscarle.

La orden era precisa. El suizo marchó con toda la ligereza que le permitian sus fuerzas de sexagenario, y no detuvo su carrera hasta llegar al quinto piso de una modesta casa, donde se había refugiado el leal Baptistin.

Este se hallaba en su aposento.

El suizo no se cuidó de darle explicaciones.

—Venid, venid, le dijo; la señora baronesa quiere veros.

Baptistin dió un grito, y siguió al suizo corriendo.

Por el camino le dijo su compañero rápidamente:

—Ha parecido el hijo... y se halla en la casa de la baronesa. ¡Dios mio! ¡Qué alegría! He creído que iba a morirse la señora!

Baptistin entró como una bomba en el aposento de su seña; vió a Andrewsch sentado al lado de la baronesa, y dió un grito.

(Se continuará.)

No lo creemos: el Sr. Posada Herrera no presentará su dimisión hasta que esté formado otro gabinete que le dé cabida en su seno.

La Patrie, en su número llegado ayer á esta corte, da en lugar preferente estas dos noticias, seguidas del breve y significativo comentario que verán nuestros lectores.

Hé aquí dos hechos á los que no se podría dar crédito si no estuviesen confirmados por un oficial ayudante de campo de un general mejicano que es nuestro aliado, y que acaba de llegar á Francia.

Afirma este oficial que el general Robles Posada, hecho prisionero por Zaragoza y condenado á muerte por un consejo de guerra, había obtenido el sobreseimiento. El correo que lo conducia fué detenido de intento para que llegase tarde.

El segundo hecho es todavía mas grave. Confirmado por dicho oficial y reproducido en muchas cartas particulares, es imposible dejar de referirlo, aunque, no sea mas que para que se esplique.

Entre los soldados que en el combate de Guadalupe dirigieron contra los franceses la artillería mejicana, habia varios artilleros que habian pertenecido al cuerpo expedicionario español.

Pasta citar estos hechos para ser apreciados como merecen.

Con profundo sentimiento hemos leído la última noticia, y esperamos confiadamente que se desmienta.

Dicen los ministeriales, con la lógica especial que han descubierto, que si se descubren tantos robos, defraudaciones y escándalos de todas clases en las dependencias del Estado, es porque ahora se castigan y antes no.

Segun esta manera de discurrir, el día que las cuatro quintas partes de los españoles estén en la cárcel por ladrones, asesinos, paricidas, etc., podremos sostener que van mejorando nuestras costumbres. Es, pues, un error lamentable el creer que el aumento de la criminalidad anuncia á gritos la demoralización de los pueblos, cuando, por el contrario, es un indicio seguro de que hay buen gobierno, excelente administración de justicia y una moralidad á prueba de bomba en todos los ciudadanos.

Creemos saber que el general Serrano estará á la hora presente navegando para España, pues tenia un buque dispuesto para embarcarse en el momento de saber que el gobierno aprobaba la conducta del conde de Reus.

El general Serrano no ha venido en el vapor correo, que el domingo llegó á Vigo, porque la noticia que esperaba la recibió pocas horas antes de salir la fragata Montañesa.

El Sr. Mon ha presentado su dimisión veinte y cuatro horas antes de llegar á Europa el general Prim.

Veinte y cuatro horas despues de estar en Europa el general Prim, ha aceptado el gobierno dicha dimisión.

No dejan de ser singulares estas coincidencias.

Pueden decirnos los periódicos ministeriales si es cierto que el habilitado de un batallón de cazadores de guarnición en Madrid ha desaparecido repentinamente, llevándose para el viaje ochocientos mil duros que, por cuenta de aquel cuerpo, cobró el día 1.º en la tesorería central?

Escriben de Turin que el casamiento del rey de Portugal con la princesa Pia de Saboya se debe á la iniciativa del emperador de los franceses, que dió sus instrucciones al príncipe Napoleón cuando este fué á Italia.

Un periódico ministerial tiene esperanzas de que uno de los generales Concha cargue con la cruz que ha dejado el Sr. Mon.

No nos parece imposible, como el Sr. Calderón Collantes adquiriera millares de onzas de oro y se despojara de lo que le sobra; pero si el señor ministro de Estado sigue siendo la lumbrera de la diplomacia del siglo XIX, nos chocaría mucho que uno de los generales Concha se resignase á hacer el papel, desairado que han hecho sucesivamente los Sres. Pacheco, Rios Rosas, marqués de Miraflores, Pastor Díaz y Mon. Para representar al Sr. Calderón Collantes en el extranjero, se necesitan hombres de la talla de don Antonio Gonzalez.

En la elección para diputado á Cortés, verificada ayer en Córdoba, obtuvieron todos los votos el ministerial Sr. Ibarrola.

Dudoso nos parece que este señor llegue á sentarse en los purpúreos escaños.

Ocupándose El Reino en su número de anoche del desfaldo, ó lo que sea, últimamente descubierto en la dirección de la deuda, dice que la rectificación que apareció el lunes en sus columnas, y que redactada en los mismos términos apareció en varios periódicos ministeriales, le fué remitida por la dirección misma.

A buen juez, mejor testigo.

Los ministeriales estaban anoche muy contentos, pues decían que si se va Mon, viene don Juan.

Efectivamente, D. Juan y Lazeu son vicelivistas de pura raza.

En nuestro número de ayer decíamos, apoyados en buenos informes, que D. Juan de Borbon y su secretario el general Lazeu estarían en Madrid á principios de agosto. Hace mas de un mes hablamos tambien de las negociaciones pendientes con el hijo de D. Carlos, lo cual irritó la bilis de los periódicos ministeriales, haciéndoles gritar en todos los tonos que el gobierno de S. M. no estaba en tratos con ex-príncipe, ni lo estaría nunca.

Ayer tarde se recibió en esta corte el siguiente telegrama: «Londres 7.—El infante D. Juan de Borbon ha

abdicado sus pretensiones á la corona de España. Dicese que recobrará su rango y sus bienes.»

La situación de la prensa no nos permite comentar la anterior noticia. Algun día, tal vez, nos permitiremos copiar un poco de lo que han escrito contra D. Juan y Lazeu los periódicos del gobierno.

Los periódicos que beben en las fuentes ministeriales no han dicho todavía por qué dimitió el Sr. Mon, contentándose con asegurar que el señor Mon es muy amigo del gobierno, aunque dimitió, y que el gobierno es muy amigo del Sr. Mon, á pesar de su brusca retirada.

La Epoca dice: «Las Novedades pregunta si es cierto que el señor Mon deseaba regresar á Paris, y que el ministerio es el que se ha opuesto á ello, motivo al cual asigna la dimisión de nuestro embajador en Francia. Nada hay mas absurdo que semejante versión, que lagtima á la vez la delicadeza del Sr. Mon y la política de buena y sincera amistad que el gobierno de S. M. desea seguir con la Francia. El Sr. Mon ha pensado que en su situación especialísima no podía, por ahora, volver á Paris, y creemos poder afirmar que esta idea estaba en él muy arraigada, aun antes de que se cerrasen las Cortes. Los ministros todos habrían deseado que razones de delicadeza y de política no hiciesen definitiva semejante resolución, tanto por el aprecio que profesan al presidente del Congreso, cuanto por que creen que su continuación en París habria contribuido á estrechar las buenas relaciones entre los dos gobiernos y los dos pueblos.»

Y sin embargo, el Sr. Mon ha sido tan cruel que se ha empeñado en no con rribuir á la obra patriótica de estrechar las buenas relaciones con Francia. No comprendemos esta conducta, ni cómo La Epoca, perfectamente enterada de los escrupulos del ex-embajador, anunciaba su vuelta á Paris una, dos y tres veces. Aquí debe de haber algun misterio, alguna razon oculta poderosa, que indudablemente redundará en beneficio del gobierno, á quien el Sr. Mon y La Epoca aman sobre todas las cosas, por mas que diga El Constitucional.

Pero añade el diario vespertino: «Nosotros, que en la cuestion de Méjico hemos tenido un punto de vista, si no contrario, un tanto diferente del del gabinete respecto de los hechos que, acaso contra su voluntad misma y contra sus mas patrióticas previsiones, han ocurrido por culpa de todos en el suelo mejicano; comprendemos perfectamente los motivos de delicadeza y un deber que impiden hoy al Sr. Mon, en interés mismo de la España, continuar desempeñando las altas funciones que tan dignamente ejercia en la capital de Francia.»

Las últimas líneas de este párrafo y las del otro que hemos copiado, revelan que el gobierno quería, en interés de la patria, que el Sr. Mon volviese á Paris, y el Sr. Mon, en interés de la patria tambien, quedarse por acá.

Pobre patria! Dice La Epoca: «El Contemporáneo insiste en que, en efecto, han desaparecido de la dirección general de la deuda cupones por valor de diez y ocho millones de reales efectivos; pero despues de la manifestacion misma que ha hecho El Reino, rectificando sus noticias, nos será permitido no alarmarnos por esa nueva versión, con tanto menos motivo, cuanto que El Contemporáneo declara que dichos cupones pertenecen á la antigua deuda de los 100, y por lo tanto, que no tienen ni pueden tener curso alguno.»

Si los cupones sustraídos no tienen curso ni valor alguno; ¿cómo explica La Epoca que la dirección de la deuda haya satisfecho varios de ellos, importantes, según creemos, unos treinta mil duros? Se conoce que los diarios ministeriales hoy en de este negocio como del agua hirviendo; así es, que escriben disparates de grueso calibre, sin ver que comprometen torpemente lo mismo que desean defender. Recuérden la contestación de Herrera á cierto crítico: «Angulo es hablar de lo que no se entiende.»

Los jefes de la deuda estuvieron reunidos ayer tarde para continuar las investigaciones.

Para quitar ciertas ilusiones á La Epoca, escribe El Reino: «Si el estado de Europa es tan crítico, si las complicaciones que nos rodean son de tanta magnitud, y las dificultades con que el gobierno tropieza aparecen ya insuperables, ¿por qué el ministerio no varía de rumbo? ¿Por qué no sigue otra política? ¿Por qué á su vez no se divorcia de ciertos pensamientos y de determinadas ideas cuyo consorcio ha causado el mal de la patria, y su completo desercido, y su segura perdición?»

¿Por dónde puede figurarse el general O'Donnell que el Sr. Rios Rosas y los demás disidentes marchen hacia él?

¿Quién ha faltado? El Sr. Rios Rosas y sus ilustres compañeros de oposicion, que han prestado de un modo solemne de las tendencias reaccionarias del héroe de Vicalvaro, que han profetizado cuanto despues ha acontecido con desdoro del nombre español, ó el gobierno que ciego y desentendido ha consumado los actos mas inconcebibles, y que atanto solo á su terminada política personal, ha desatendido los intereses de la nacion para no ocuparse de otra cosa que de sostenerse en el poder?

Al gobierno toca renunciar á su pasado, confesar sus culpas, y probar con actos repetidos é indubitables que está dispuesto á entrar en otra senda diametralmente opuesta á la que ha seguido hasta ahora.

Entonces el Sr. Rios Rosas y todos los disidentes, para los cuales nada significan los nombres de las personas que ejerzan el mando, escucharían la voz del patriotismo, y en aras de la patria depondrían sus prevenciones y prestarían su sincero y leal apoyo al que se propusiera realizar las aspiraciones de los pueblos.

No olvide esto La Epoca.»

La Correspondencia, órgano genuino de la actual situación, dice así:

«Los creadores de atmósferas políticas deben estar poco satisfechos de su obra en estos días. Hablaron de frastornos próximos á estallar, y nadie duda hoy de que el orden está completamente asegurado. Hubo empeño en hacer creer que se trataba de desterrar á algunas personas, y nosotros hemos asegurado y podemos asegurar de nuevo del modo mas terminante, que no se ha pensado ni se piensa en estrañar de su domicilio á sugeto alguno, y mucho menos á los bulliciosos que, para darse tono, desearían que una situación fuerte y de orden como la actual se intimidase al simple anuncio de que se agitaba contra ella conspiraciones de poco mas ó menos. Se ha tratado de meter miedo, no sabemos á quién, con la actitud que se ha supuesto retraida del vecino imperio, y nadie desconoce que, desandando todos conservar con la Francia las mas estrechas y cordiales relaciones de amistad, como sin duda ninguna y para bien de los dos pueblos conserváremos, son muy pocos, por fortuna de nuestra patria, los espíritus que en ella se intimidan y apocan. Se ha dicho y se dice que han surgido graves desavenencias en el seno de la situación, y ya irán viendo los creadores de atmósferas que, sobre no ser esto cierto, nadie desconoce que está en el interés de todos desmoronarse ahora, como otras tantas veces, á los falsos profetas, á aquellos que, sin fuerza para derribar lo existente, todo lo esperan de la division y desconcierto de los elementos que le componen.»

En fin, y para concluir: bien pueden los creadores de atmósferas ir inventando algo nuevo; que por lo que hace al orden público, de cuya seguridad nadie

duda, á los destierros en que nunca se ha pensado, y á través de los que hemos dicho, ya es posible esparcir los espíritus á grito herido. Lo único á lo que se podrá conseguir será sacrificar una víctima cuyo candor no le permita ver á tiempo la mano seductora que trata de inmolárla.»

Como ven nuestros lectores, La Correspondencia, llevada de su habitual manía de verlo todo color de rosa en cuanto se refiere á sus amigos, traza á su antojo un cuadro ideal de las virtudes y perfecciones políticas del partido vicalvarista.

Nosotros, sin embargo, leyendo los párrafos anteriores del periódico ministerial por esceleción, no hemos podido menos de recordar la siguiente copia:

Dime e lo que presumes, te diré lo que te falta.

Con una carta, fecha 20 de mayo, que hemos recibido de Méjico, hemos recibido tambien una copia de la alocucion que dirigió el general Prim á los jefes y oficiales de la expedicion española, antes de salir de Orizaba.

La alocucion, hasta ahora inédita en España, nos parece muy importante, y por eso la publicamos de seguida:

Discurso leído por el general Prim en Orizaba, á los jefes de las brigadas y á los coroneles de los cuerpos expedicionarios.

Señores: Recordarán Vds. que al dirigiros por primera vez la palabra en Veracruz, espuse con la neza el medio que para su logro debíamos emplear. Dije que los gobiernos de las tres potencias aliadas concertaron en Londres un tratado, por el que las armas unidas debían llegar á este desventurado pais, con el fin de exigir reparaciones por los agravios que respectivamente se nos habian inferido en todos tiempos y por todos los gobiernos de la república, procurando obtener garantías suficientes, para que en lo sucesivo no se faltase á los compromisos y pactos establecidos. Con este objeto las armas aliadas debían cumplir religiosamente y en la forma que se acordó en el tratado, haciendo por México se constituyese á nuestra sombra, bajo un gobierno sólido y estable, que, naciendo de sí mismo, fuese la espresion clara y conforme de la opinion del pais. Para conseguirlo así, las fuerzas aliadas no debían hacer uso de su fuerza, coartando esta libre accion que se quería dejar al pais solo, sino que por el contrario, ellas habian de servir para dar apoyo al resultado de este libre y reconocido derecho que tienen todos los pueblos, espurgando despues todos los miasmas que han sido el desgraciado móvil agitador en los diferentes partidos que han aniquilado el pais, para no dejar en el otro caso que las personas muy dignas, honradas y entendidas, que aquí, como en todas partes, forman la gran mayoría de la nacion.

Hablar de la razon antes de apelar al estremo de la fuerza, debieron ser, como hasta aquí lo han sido, nuestras miras, encaminando la política por el sendero de la conciliación, hasta llegar hasta la solución pacífica á la par que sencillo problema. La regeneración del pais, y con ella su felicidad y bienestar, se contenía en la estricta observancia del tratado de Londres en este tratado, que los tres gobiernos mandaron seguir como pauta á su conducta, y de la posibilidad de su cumplimiento, para lo que trabajé con afán y lleno de fé, y en esto no hice mas que alentar mis sentimientos con las órdenes del gobierno de España, y muy particularmente con las palabras repetidas de la Reina, al encargarme procurase hacer por todos los medios, que ya que este pais no debía el ser, debieran tambien su tranquilidad, su progreso, paz y ventura.

Tal ha sido el objeto que me propuse, y á esto dirigí lleno de fé mis tareas. Si han podido concerse sus ventajas, Vds. lo pueden decir; de enemigos que se nos presentaron y como agresores en Veracruz, habiendo podido ir viendo transformarse su odio, su irritabilidad natural en diversos grados de estimación, y hoy son ya bastante manifiestos para dudar del buen éxito que nuestra conducta habria alcanzado en el pais, término á que se marcha con alguna lentitud, pero con seguridad; y no dudo que dentro de muy poco habríamos llegado á Méjico bajo el prestigio de la razon y en medio de la paz, consiguiendo sin violencia ese bien, esa felicidad que tanto me ha recomendado nuestra Reina, y que es el propósito del sagrado pacto de Londres, que yo llegué á creer no pudiese tener interpretación alguna por parte de nadie, ni menos creer que se dejara marcar con el solo objeto de nuestra filantrópica misión. Todo parecia marchar en esta vía, y los preliminares de la Soledad fueron precursores del gran fin que me crei alcanzando, caminando en el feliz acuerdo que hasta aquí hemos tenido los aliados. Parecia ya que las desgracias de este trabajado pais tocaban á su término, y que muy en breve la autorchía de la ventura brillaría con su regeneración política. Esto, sin embargo, no parece sino que la Providencia no permite se conceda á Méjico el descanso, la paz y el bienestar, esos preciosos dones que gozamos multitud de otros pueblos, y que nosotros hace tiempo empezamos ya á sentir. Los pueblos, como las ciudades, parecen á veces que están sujetos á seguir el impulso de su destino, y este, sin duda, es uno de ellos.

Dos señores que yacian en el destierro, por causas que no me es dado ni debo calificar; aparecen en Veracruz pocos días antes de nuestra venida al interior. Uno de ellos, el Sr. Almonte, me hizo el obsequio de llegarse á mi casa, para conferenciar conmigo acerca del estado político del pais, y el modo de constituirlo solidamente, para lo cual dijo, sin ambages ni rodeos, no habia otro medio que el establecimiento de una monarquía, que él venia con ese fin á derrocar á Juárez y al gobierno, contando con el apoyo de los aliados, y el monarca designado para rey de Méjico, era el príncipe Maximiliano de Austria, con cuya futura habia tenido el honor de hablar, y recibir al presentar sus respetos como la seguridad de su afectación, despues de haberse convencido de ser esta la forma deseada de gobierno por la gran mayoría de la nacion, y su persona llamada á ocupar el trono. Yo le contesté que el deber de los aliados era respetar la convencion de Londres, y que si llamado el pueblo mejicano á constituirse, optaba por la monarquía, á él solo tocaba designar la persona que debía llevar la corona, como el solo tuvo el derecho de proclamar su autonomia.

El Sr. Almonte agregó que á mas de lo dicho debia haber presente, habia igualmente hablado con S. M. la Reina, y señores ministros de nuestro gobierno; pero por lo que se sirvió espone, vino en conocimiento que ni S. M. ni los ministros habian disendido de las instrucciones que me dieron en el principio; conforme en un todo con lo recibido en los últimos despachos; por lo cual repeti no poder ofrecerle el apoyo de las armas españolas, cuyo objeto no era presentarse aquí con el carácter de partidarios ó favorecedores de un principio determinado, contrario á lo formalmente tratado y suscrito en Londres por las tres potencias aliadas, que es lo mismo que la Reina y el gobierno me tienen siempre recomendado. En esto, y en manifestarme que si le faltaba el apoyo de las armas españolas, inglesas, podia contar con el de las francesas, se separó de mí. Al día siguiente emprendimos la marcha á Orizaba, donde llegamos sin novedad de ninguna especie, pero trayendo, sin embargo, entre los batallones franceses como la manzana de la discordia á estos dos señores, que custodiados siempre por las tropas de aquella nacion, residentes ahora en Córdoba, parece demostrarse así la seguridad que el general Almonte me dió de haber entre los tres aliados uno que favoreciera sus planes. Para saber de una vez á qué atenernos, y á fin de ponernos de acuerdo, antes de dar principio á las conferencias con el gobierno de Méjico, invité hoy á los señores comisarios para discutir en esta sala, á los puntos cardinales de esta mision que me ha sido encomendada, y en esta conferencia no puede ser mas afectivo para mí, como ha de ser desconsolador para Méjico y sensible aun para la humanidad. Acordes los representantes ingleses conmigo en llevar á cabo la esplosiva tarea que se nos impuso, conforme á los principios asentados en la convencion de Londres, suscrita luego en Veracruz y la Soledad por los franceses, no hemos podido conseguir de parte de es-

tos otra cosa, por grandes que han sido nuestros esfuerzos en demostrar la conveniencia y obligacion de aceptamos aquellas instrucciones, que la aceptación de su alianza, pues que su propósito es combatir desde hoy al gobierno establecido en Méjico, que para nada reconocen, á fin de imponer al país el sistema monárquico, según esplicó el general Almonte. La gravedad de esta cuestion es de tal naturaleza, como que no pudiendo por mi parte aceptar la responsabilidad en cuestion, que tan manifiestamente se halla en contradicción con las instrucciones que tengo, no me quedaba otro partido que retirarme á la Habana, dejando á cargo de los franceses la solución complicada en que por sí solos se empeñan. He pensado mucho, he recurrido á todas mis fuerzas de imaginación, para ver de conciliar un medio hábil, que nos permitiera no abandonar al pais mejicano; pero por mas tortura que he dado al pensamiento, no he hallado nada que me pueda hacer faltar á la lealtad y buena fé con que he debido proceder en la mision que me fué confiada. El dilema es muy sencillo: ó tomamos parte con los franceses, ó permanecemos neutrales, descausando sobre las armas á presenciar hechos contrarios al espíritu de la expedicion: en el primer caso faltamos á la convencion de Londres, por todos acada y mandada acatar fielmente por los gobiernos aliados; en el segundo supuesto, ni las armas españolas pueden consentir el ridiculo de una posicion expectante ni aceptar el compromiso. No voy en consecuencia, otro medio, como á su vez lo han visto los ingleses, que retirarnos del pais; en consecuencia, mañana estenderé las órdenes para emprender la marcha á Veracruz, que embarquen las tropas á la Habana. Me queda únicamente advertir á Vds. que al reunirse aquí para hacerles este fiel relato de todo lo acaecido y política seguida, no ha sido con el fin de abrir discusion ni escuchar pareceres que, mas entones mejor lo cream, los hechos que acabo de manifestar. Les aconsejo tambien, y si esto no fuese bastante se lo oriento, que eviten toda conversacion con los jefes y oficiales franceses; pues ademas de que podrían Vds. ser escitados, á hablar sobre si su parecer está de acuerdo con el de su general, no tienen Vds. hoy aquí mas que una mision como militares que son, la de obedecer sin discusion las órdenes del general, que yo sé las cumplirán exactamente ahora que se manda retroceder como empullaron igualmente si se les mandara avanzar. Esto y nada mas cumple á Vds., y esto es lo que, en caso de necesidad dirán á cualquiera que se propusiese hablar. Les encargo; por consiguiente, lo hagan así saber á todos los señores oficiales, haciéndoles responsables de lo que por este motivo pudiera haber, pues ustedes alcanzarán á darme conduciendo hoy una disputa, originada natural é insensiblemente por el cambio de algunas frases en política. Yo aprecio mucho á los que fueron nuestros aliados, cuya responsabilidad va á ser grande, y les deseo bien en su empresa, si puede conciliarse con el bien general. Ellos son buenos soldados, intrépidos militares, y por consiguiente dignos de la estimacion de todos. Dije.

Nos abstendremos de hacer comentarios sobre este escrito, y nos limitamos á copiar aquí las reflexiones que hace nuestro corresponsal sobre este punto.

Nuestro corresponsal dice:

Me ocurren algunas reflexiones que voy á hacer sobre el discurso del general Prim. Dice este señor: «Dos señores que yacian en el destierro por causas que ni me es dado ni debo calificar, etc. Uno de ellos es el Sr. Almonte. Llamo sobremanera la atencion que el Sr. Prim no se atreva á calificar el motivo del destierro de Almonte, debiendo entenderse que esa reserva significa tanto como la aprobacion de la conducta de Juárez con dicho Almonte, por haber celebrado el tratado con Mon, el cual ocasionó su destierro y la nota de traidor con que el Congreso mejicano le ha calificado. Y cuidado con esto, porque precisamente el gobierno de S. M. ha puesto las armas en las manos al señor general Prim para hacer cumplir ese tratado, celebrado con ese mismo ministro, perseguido con ese motivo, y cuyas causas no le es dado calificar al general Prim.»

Puede inferirse por lo manifestado anteriormente, que el general Prim se puso al frente de la expedicion, obrando contra sus convicciones, pues que la invasion de nuestro ejército en el territorio mejicano fué una consecuencia en su mayor parte de aquel tratado, que Juárez no quiso cumplir.

Copiamos de El Clamor:

«Qué extraño es que el presidente del Consejo de ministros haya declarado en las Cortés ya la faz del mundo, que no entiende de leyes?»

«¿Para qué necesita ese conocimiento, para qué esa inteligencia constitucional?»

«No le bastan los treinta mil hombres que nos señala, y esa formidable artillería con que nos amenaza?»

En esas palabras, en esas significativas palabras, estampadas en un momento de ingenuidad y de pura vanidad, se encierran el pasado, el presente y el porvenir del vicalvarismo. Son toda su historia, forman la síntesis de toda su vida política y ministerial.

A las bayonetas, á los cañones, y sobre todo á la caballería, acudió en 1854, cuando lanzó el grito de rebelion á las puertas de Madrid, para hacerse árbitro de nuestra suerte. Los mismos argumentos empleados en 1856, cuando ametralló las Cortes Constituyentes, y derribó á mano armada el orden de cosas que habia prestado su auxilio y cooperacion. No son otros los títulos que ahora alegan sus órganos para persuadirnos de que merece el respeto, la obediencia, el amor y la gratitud de la nacion española.»

Sobre el consejo de ministros celebrado anteayer, dice Las Novedades:

«Parece que fué muy alocorada la discusion que tuvo lugar ayer en el Consejo de ministros: Admitida la dimision del Sr. Mon, se pensó en la persona que debía sustituirle.»

Tres fueron los candidatos propuestos. El marqués de Miraflores. El general Concha (D. José).

Y el general Serrano. El primero no es muy del agrado de los ministros, y el segundo bien.

El segundo les pareció muy bien á todos ellos, porque es bien sabido que no ha aprobado la conducta del general Prim, y por lo tanto, es de los que se inclinan mas á la política de Francia.

Pero todas las simpatías se manifestaron por el capitán general Serrano. Este presenta la dificultad de ser demasiado subidas sus simpatías en favor de la política francesa, como no prueba su actitud cuando se retiró el general Prim de Méjico y el envío de un comisionado especial, el Sr. Mazo, que tanto se detuvo en Paris antes de venir á España; sin embargo, este candidato, agrada á los ministros por la única razon de que entre el ofrecimiento y la aceptación han de mediar algunos meses, y de esta manera se consigue no tener embajador en Paris por algun tiempo, y se manifiesta de una manera indirecta el disgusto que han causado las palabras de M. Billault, sin que pueda resentirse el gobierno imperial por la ausencia del representante de España, disculpada por la distancia á que se encuentra hoy de la Península el general Serrano.

Estas son las noticias que corrian anoche como ciertas.»

Vamos á copiar el juicio que forman algunos periódicos de la dimision de nuestro embajador en Paris:

«El Clamor.—El Sr. Mon, ese Sr. Mon á quien los vicalvaristas nombraron presidente del Congreso, despues de haber tratado de atraerse con la pingüe embajada de España, cerca del emperador de los franceses; ese Sr. Mon tan querido del conde-duque, tan afecto á los actuales ministros, y muy particularmente al celebradísimo D. Saturnino, ha hecho renuncia del alto cargo que desempeñaba, declarando

que en vez de marchar á Paris, como lo anunciaban los órganos de la familia feliz á son de trompa y tambor, permanecerá en Madrid ó pasará á solazarse á su pais natal, la patria de Pelayo y Favia.

El actual presidente del Congreso funda su dimision, si no mente la voz pública, en la circunstancia de no hallarse de acuerdo, ni con la política seguida por el gobierno, á quien representa cerca del gabinete de las Tuilerias en la funesta cuestion de Méjico, ni con las declaraciones hechas por el conde-duque y su colega D. Saturnino en favor del conde-duque de aquella asenderada república.

El Sr. Mon, que no quiso pronunciar ni una sola palabra durante el acalorado debate promovido en el Congreso sobre tan importante asunto, á pesar de las repetidas excitaciones que al efecto se le dirigieron por varios diputados de la oposicion, sin duda ha comprendido que su honor no le permitia volver al vecino imperio con el carácter de embajador despues del tristísimo papel que ha hecho con su ineficaz silencio, tratándose de una cuestion en que habia tenido no poca parte, y del mas ridiculo aun que le obligaron á representar sus amigos, los ministros unionistas, quienes, al aprobar la conducta del conde de Reus, condenan implícitamente la suya, al haberse de dar crédito á las palabras de M. Billault, á las acusaciones de los periódicos del gobierno francés.»

Es probable que los de aquí, subvencionados por el vicalvarismo, nieguen ahora la verdad de esta noticia, ó procuren engañar al público, suponiendo que reconoce por única y esclusiva causa el mal estado de salud del Sr. Mon, miserable recurso á que suele apelarse en estos tiempos para disfrazar las disidencias y los antagonismos que cada día surgen de esta situación anárquica y desastrosa. Pero no tardarán en ponerse de manifiesto y á la luz del día estos otros hechos semejantes, que descubren el estado de disolución en que se encuentra la oligarquía dominante por efecto de sus yerros de su nulidad, de su ateísmo político y de las contrapuestas ambiciones que le devoran.

La Discusion.—La Epoca, de algun tiempo á esta parte, anda muy desorientada. Todavía no se atreve á dar definitivamente la noticia de la dimision del embajador en Paris. Lo cierto es, sin embargo, que el Sr. Mon ha hecho dimision de la embajada. En cuanto á la adhesión de que La Epoca nos habla de parte del Sr. Mon al actual gabinete, creemos que el período espurto se hace muchas ilusiones. Es muy probable que los hechos vengán á confirmar nuestros pronósticos muy en breve.

Las Novedades.—Se refiere de diversas maneras el rompimiento del Sr. Mon con el ministerio; pero atendiendo á la version mas autorizada, atendiendo á la precedencia, parece que el embajador en Paris tuvo una entrevista con el Sr. Calderón, y le indicó la necesidad de recibir instrucciones escritas antes de ponerse en marcha, para no verse expuesto á lo que habia pasado durante las últimas negociaciones sobre la cuestion de Méjico.

Entonces fué cuando el ministro de Estado le manifestó la necesidad de que se ocupase el Consejo de ministros de la conveniencia del viaje, no pudiendo el decidir por sí.

Habiendo consultado con sus compañeros, se consideró conveniente aplazar el viaje, siendo esta razon la que decidió al Sr. Mon á presentar su renuncia, haciendo mencion del sacrificio que se habia impuesto durante los últimos debates, guardando silencio por no crear un conflicto que tan fatal pudiera haber sido para el ministerio.

Se ha hablado tambien de estar motivada su renuncia, creyendo otros que se ha valido solamente de una de las fórmulas de costumbre.

Es cierto que el Sr. Mon deseaba regresar á Paris, ya que el ministerio es el que se ha opuesto á ello? Esto es lo que los ministeriales adversarios del Sr. Mon, sosteniendo que no era político ir á Francia despues de la llamada licencia de M. Barrot y del discurso de M. Billault. Si esto ha pasado así, nos explicamos la oposicion del ministerio á que regresara tan pronto á Paris el Sr. Mon.

Añaden además los adversarios ministeriales del ex-embajador, que cuando este vió que el gabinete se oponia á su viaje, fué cuando dió cierto giro á la cuestion, y recordó el descaucio en que estaba y el sacrificio de su silencio. Esto es lo que niegan los amigos del Sr. Mon, y esto es precisamente lo que conviene aclarar.

Hay quien cree que el duque de Tetuan y el señor Calderón estan decididos hace tiempo á que el señor Mon no volviera á Paris; pero que como no tenían necesidad de manifestar su opinion sobre el particular hasta que se suspendieran las sesiones, el Sr. Mon, que estaba muy enredado con el regreso, guardó el mas afectuoso silencio durante los últimos debates, y aun libertó al ministerio de un segundo conflicto con motivo de la cuestion de carbones, transigido, empujando y aun sacrificando á algunos de sus amigos.

Si así ha sucedido, fuerza es confesar que el señor Mon no ha andado muy listo y se ha dejado vencer por la diplomacia calderoniana, que es cuanto podia sucederle.

Con respecto á las dimisiones de los amigos del señor Mon, de que habla El Reino, nuestro colega convendrá con nosotros en que ese es un paso gravísimo para los interesados, y que lo han de meditar mucho. Nuestro colega sabrá tambien que uno de los empeños del gobierno es demostrar que la dimision del Sr. Mon, no le roba el apoyo de ninguno de sus amigos. A donde se nos conduce? Dicese que no todos los ministros son primero o donnellinos, y como el ministerio se empeñe en probarlo, apelando á ciertas medidas extraordinarias que en su mano tiene, es muy de temer que se salga con la suya.

La Iberia.—¿En qué quedamos al fin? Regresa el Sr. Mon á la capital de Francia, como anuncian unos ministeriales, ó se decide á pasar á Asturias, su pais natal, en donde podrá detenerse algun tiempo, como anuncian tambien otros ministeriales? Los orgánulos de la situacion desafanan de un modo maravilloso; y si ellos no logran entenderse, ¿quién ha de entenderlos?

Parece que el Sr. Mon ha dimitido su embajada en Paris; luego las disidencias de que nos ha hablado La Epoca, no han terminado aun; luego lo de los ofrecimientos hechos por la España á Francia, unido á la asercion de que han mejorado sensiblemente las relaciones entre los gabinetes de Madrid y de las Tuilerias, debe admitirse con cautela; luego la cuestion que viene agitando estos días es grave; luego el gobierno de la union está pasando por una crisis que no sabemos cómo terminará; luego todo es incierto, dumebr, temer y peligro.

Pero ¿qué es lo que pasa? ¿A qué altura nos hallamos de relaciones con Francia? ¿Qué confusion es esta? ¿A dónde se nos conduce? Dicese que no todos los ministros actuales están conformes, ni mucho menos, acerca del giro que se ha dado hasta aquí, y piensan darse en lo sucesivo á la cuestion mejicana; dicese que en alguno de los Consejos celebrados últimamente, ha habido entre unos y otros, dimes y diretes, y dicese ademas, que hoy, como ayer, hay mucha mat de fondo en la política. Otras muchas cosas se dicen, y se comentan y circulan de un estremo á otro de la heroica villa.

El Reino.—No hay para qué ocultarlo. La dimision del Sr. Mon de su cargo de embajador de España en Paris ha venido á caer como una bomba en el campo ministerial.

Y este hecho tiene una doble importancia, porque el Sr. Mon, además de aquel elevado puesto, ocupaba otro de gran confianza política. La presidencia del Congreso está vacante en los actuales momentos.

Como la legislatura no está mas que suspensa, el Sr. Mon conserva aun el carácter de presidente de la Cámara popular; pero puede asegurarse que á estas horas no tendrá este hombre publico formulada su dimision, por si llegase el caso de que las Cortes se reuniesen para continuar los debates de la cuarta legislatura.

Véase, pues, por qué nosotros concedemos á la importancia del Sr. Mon una doble y trascendente importancia, mayor por consiguiente que si el embajador dimitionario no tuviese otra representacion.

Dejando esto á un lado, discurremos acerca de la disidencia de que está surtiendo ya la disidencia del Sr. Mon.

La historia de estos últimos cuatro años nos enseña que la actual situacion ha quemado incienso profundamente y casi defecado á los hombres importantes que ha tenido en su seno, mientras han guardado esta favorable actitud; y que en cuanto por motivos de delicadeza y consecuencia política han

disentido de este gobierno, cuyo lema es el desre-

comiendo, han derribado el pedestal del incenso-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

que se ha hundido en las sombras, su luz, vi-

so de los diputados, ha convenido, por el contrario,

ca que no deberán concederse préstamos reintegr-

bles sino a los pueblos y para las obras que se men-

cionan en el estado que acompaña, y únicamente en

el caso de que el respectivo ayuntamiento manifieste

previamente estar conforme en recibir el anticipo y

de para su reintegro garantías suficientes a juicio del

gobierno.

Tomamos de El Pueblo:

Según nos escriben de Couca, con fecha 30, la no-

che anterior había durado más de tres horas el fuego

con los moritos, que con increíble descaro roban di-

riamente en el campo de aquella plaza. Entre otras

cosas se llevaron el mes último 24 ó 26 caballerías,

10 de ellas de la administración militar, y posterior-

mente varias reses vacunas que cojiéron en los mis-

mos fosos.

A última hora nos dicen que el general goberna-

dor había salido con objeto de castigar la audacia de

nuestros incorregibles vecinos.

El artículo de fondo que publica anoche El Pensam-

iento Español lleva este epígrafe:

La autoridad de la Iglesia y los intereses del catolicismo

ayudante de campo del rey de Prusia, ha llegado

á Viena, encargado de una misión confidencial,

cuya naturaleza se ignora. En una conferencia

de notabilidades industriales celebrada en la mis-

ma ciudad, se ha discutido la entrada del Austria

en la unión aduanera pruso-alemana, reconociéndose

por unanimidad que la fusión del Austria y del Zollverein

es necesaria, ventajosa.

Según presume La Patrie, no han logrado aun

abrir brecha en el partido ministerial los debates

parlamentarios en Prusia; pero es de creer que

mu pronto estallen los preparativos que los partidos

liberal y democrático han hecho para un ataque

enérgico, siendo la cuestión militar la que debe dar

la señal de la lucha.

De Berlin escriben que las fracciones de la Cá-

mara han logrado agruparse para dar el asalto,

pero se añade, como pormenor curioso, que el

partido feudal se opone á toda inteligencia que

puediera con rigor efectuarse entre la mayoría y el

gabinete, á fin de provocar una nueva disolución,

cuyas consecuencias serian, en concepto suyo, la

formación de un ministerio mas reaccionario que

tenegro un puerto en el Adriático, lo cual es uno

de los votos mas ardientes y mas legítimos de los

montañeses.

Aparte de estas noticias, nos facilita el último

correo de Nueva-York algunas otras relativas al

Perú. Terminadas las elecciones para presidente

de aquella república, había resultado elegido por

seis años el general San Roman, y aunque se igno-

raba aun quiénes serian elegidos primero y se-

gundo vicepresidente, pretendian unos que ob-

tendrían aquellos cargos los generales Pizet y

Canseco, al paso que la oposición desearía que lo

fuesen el general Puesta y el Sr. Costas.

El día 14 de mayo hubo un pronunciamiento en

los cuarteles de Puno, promovido por los señores

Echenique, Oviedo, Paredes y Pino, y cuyo ob-

jecto era derrocar al presidente Castilla; pero el

pueblo había logrado reprimir aquel movimiento.

En Ahequipa se había descubierto tambien otra

conspiración para asesinar al general San Roman

y rebelar la provincia, tentativa que tambien ha-

bia sido sofocada.

El gobierno había declarado abierto al comercio

la impresion que causaba aquel espectáculo, no

puede trasladarse al papel; y concluyo como empecé,

repitiendo que hay cosas que son para vistas, senti-

das y admiradas, y no para descripciones.

Una carta de Varsovia, de 28 de junio, da algunos

pormenores sobre la tentativa criminal dirigida la

vispera contra la persona del general Luders. El ge-

neral iba todas las mañanas, desde hacia algunas se-

manas, al establecimiento de las aguas minerales del

Jardin-Saxon. Mezclado á la multitud de los bebedo-

res, su presencia apenas era allí notada, y no habia

dado lugar á ninguna manifestación, á ningún inci-

dente.

El 27, á las siete de la mañana, el general estaba,

asi como un cierto número de personas, en el sitio

en que se distribuye el agua, cuando un pistolazo,

tirado detrás de un arbusto que se halla cerca de la

fuenta, le hirió en la nuca. La bala le atravesó la boca

y rompió un diente. Las personas que se hallaban al

rededor del general se apresuraron al punto á soco-

rrerle, y en medio de la confusión causada por este

suceso, el autor del crimen pudo ocultarse á todas

las investigaciones y salir del establecimiento, donde

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su

augusta real familia continúan en esta corte sin

novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Número 4.—Circular.

Excmo. Sr.: El señor ministro de la Guerra dice

con esta fecha al director general de administración

militar lo que sigue:

«Entrada la Reina (Q. D. G.) de lo propuesto por

V. E. en su comunicación de 16 de diciembre del año

próximo pasado, y conformándose con lo informado

por el tribunal supremo de Guerra y Marina en

acordada de 31 de mayo último, se ha servido dictar

las disposiciones siguientes:

1.ª Las licencias temporales que se concedan á

los individuos de tropa de las diversas armas é in-

stitutos militares serán de dos clases, comprendiendo

en la primera á los que las obtengan con el objeto

de restablecer su salud, bien sea á su salida de los

hospitales ó hallándose sirviendo en los cuerpos, y

en la segunda clase todas las demás licencias pe-

didadas para asuntos propios, y á que se refiere el tit. 30,

tratado 2.º de las ordenanzas generales del ejército,

el art. 15 del real decreto de 2 de julio de 1851

sobre reenganchados, y las reales órdenes de 26 de

noviembre de 1860, 3 de junio y 23 de diciembre

de 1861.

2.ª Las licencias de la primera clase serán con-

cedidas únicamente por los capitanes generales de

los distritos, previo el reconocimiento por dos facul-

tativos del cuerpo de sanidad militar, pudiendo va-

riar de uno á cuatro meses la duración de dichas li-

cencias, sin perjuicio de que en caso de absoluta ne-

cesidad, certificada por facultativos, se conceda por

los mismos capitanes generales una próroga que no

deberá exceder de dos meses.

3.ª Los licenciados por enfermos, á que se refiere

la disposición anterior, deberán justificar su existen-

cia en los pueblos donde se hallen, según la forma

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

Turin 5.—Dicen de Nápoles que la Guardia

nacional ha tenido que intervenir para restablecer el

orden entre los obreros de ciertos talleres.

París 6.—Según el *Moniteur de L'Armée*, la noti-

cia de la última victoria de los franceses ha produ-

cido en Méjico grande impresion y la inquietud es

allí general y crecido el desaliento hacia Juárez.

La Patrie de hoy, ocupándose del lenguaje de la

prensa española respecto del discurso de Billault,

dice que la opinion pública francesa ha respetado

siempre la opinion del gabinete O'Donnell, y que

la Francia sola hoy en Méjico, patenatizará su des-

interés en la cuestion especionaria por su respeto á

la libertad del pueblo mejicano.

Varsovia 7.—El gran duque Constantino ha de-

clarado á una diputación, que en nada alterará el pro-

grama político.

París 8.—Londres.—Contestando lord Russell á

lord Brougham en la Cámara, ha dicho que sienten

no haya reconocido aún Rusia el reino de Italia, y

si trató de hacerlo en ciertas condiciones; como

tambien sienten que Prusia, para reconocer á Italia,

exija la promesa de que el nuevo reino ha de per-

manecer en paz con Austria.

EXTRANJERO.

Ni de Francia ni de Italia nos dicen cosa algu-

na los despachos recibidos ayer, que tenga inter-

és positivo; y como solo de allí proceden los po-

cosos que llegan, resulta que únicamente podre-

mos referir aquí los informes que la prensa es-

tranjera nos facilita.

Por ella sabemos que el Parlamento austriaco

prosigue en sus funciones y que hace pocos dias

manifestó al emperador Francisco José la con-

veniencia de entablar con Italia un arreglo di-

plomático que permita al Austria distribuir la

numerosa guarnicion que sostiene en el Véneto,

ahorrando de este modo sumas considerables que

agravan ahora el estado angustioso de su tesoro.

Otro periódico afirma que el general Hillier,

(Correspondencia particular de El Contemporáneo.)

ROMA 1.º de julio.

Con la ausencia de los prelados que en represen-

tación del orbe cristiano, vinieron á asistir á la

canonización de los mártires del Japon, y con la

marcha de la multitud de extranjeros distinguidos

que esa solemnidad político-religiosa atrajo á esta

capital, háse quedado como sombra de sí misma;

y ante la falta de animación de las calles, parecemos

hoy que hemos soñado y que todo aquel bullicio,

gentío, esplendidez y grandeza, fueron hijos de

la fantasía, ó bien el resultado de un recuerdo

evocado de aquellos tiempos en que la ciudad del

pescador daba órdenes al mundo.

A pesar de esto, hemos tenido últimamente

horas muy agradables, y ocasiones en que creiamos

hallarnos en la continuación de aquellas solemnida-

des. Diré á Vds. algo de ello; rogándoles, sin em-

bargo, que no estrañen la palidez de esta carta en

relativo al color local. Recien llegado á Roma, no

me es posible consignar, aun cuando tomo la pluma

para ello, cada movimiento, cada edificio, cada

estatua y lo que cada piedra dice al ánimo.

El 28, por la noche, vispera del día de San

Pedro, fui á ver la famosa iluminacion del Vati-

cano. Confieso á Vds. que no basta ponderarse el

espectáculo que espera verse. La realidad vence

en hermosura á los esplendores de la mas fecunda

y ardiente imaginacion.

Hay cosas que no se prestan á la descripción:

hay que verlas para sentir las; hay que sentir las

para admirarlas y asombrarse.

Nada mas admirable, en efecto, en aquella

hora, que el exterior de la basílica de San Pedro,

de esa primera catedral del mundo cristiano, man-

dada levantar por el emperador Constantino en

forma de cruz, como recuerdo de la victoria que

alcanzó contra Majencio.

Desde la cruz que domina su grandiosa cúpula

hasta las galerías que rodean el templo, partiendo

de la plaza, todo estaba literalmente cubierto

PROVINCIAS.

El Adelante de Tudela hace la siguiente pregunta:

«Señor... ¿á quien corresponda? Me quisiera

decir por qué razón no se encuentran en la admi-

nistración de rentas estancadas de esta ciudad libran-

zas de 10 y 20 rs., impidiendo esto que se puedan

hacer suscripciones á varios periódicos? Sabe V.,

señor, á quien corresponda, si se traerán pronto?

—Ha fallecido en la Coruña, despues de una

penosísima enfermedad, la señora condesa de Fonta-

ne. Se ha principiado ya la construcción del puen-

te sobre el río Francolí, que ha de formar parte de

la vía férrea de Valencia á Barcelona.

—Leemos en El Eco de Leon:

«Un terrible suceso ha ocurrido en el pueblo de

Pedrosa, partido judicial de Riaño, que tiene con-

ternados á sus habitantes.

En la tarde del 30 de junio último, hallándose

merendando dentro de su habitación una familia

que se componia de marido, mujer y un sobrino,

mandó aquel á este fuera de casa valiéndose de un

pretexto, y encargándole que fuese hombre de bien;

y cuando, hecho el mandado, regresó al hogar

doméstico, se encontró con el terrible espectáculo

de hallar á su fia con la cabeza dividida de un

hachazo, y ahorcado á su fio. Este, según se dice,

es natural de Villargama. El juzgado de primera

instancia se hizo cargo de los dos cadáveres,

ocupándose desde luego de la instrucción de

las oportunas diligencias.»

GACETILLA.

Boletín religioso. San Cirilo, obispo y mártir.

—Aun era bastante joven este santo, cuando

fue elevado á la dignidad episcopal; sus virtudes

y ciencia le hicieron acreedor á la mitra de Gor-

tine en Landia, por lo cual fue obispo á los 34

años de edad. Rigió su grey con cierto y sabiduría.

